

William James

Pragmatismo

Un nuevo nombre para viejas formas de pensar

Prólogo, traducción y notas
de Ramón del Castillo



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Pragmatism: A New Name for Some Old Ways of Thinking* (1907)

Primera edición: 2000

Segunda edición, revisada: 2016

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Retrato de William James (s.f.)

© Getty Images

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Del prólogo, traducción y notas: Ramón José del Castillo Santos, 2000, 2016

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2000, 2016

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-339-3

Depósito legal: M. 3.018-2016

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Prólogo, por Ramón del Castillo
- 41 Notas al prólogo
- 49 Bibliografía

Pragmatismo

- 65 Prefacio
- 67 Conferencia I. El dilema actual de la filosofía
Cita de Chesterton. – Cada cual tiene su filosofía. – El temperamento como factor de todo filosofar. – Racionalistas y empiristas. – El espíritu selecto y el espíritu rudo. – La mayoría de los hombres desean tanto hechos como religión. El empirismo proporciona hechos sin religión. – El racionalismo proporciona religión sin hechos. – El dilema del profano. – La irrealidad en los sistemas racionalistas. – Opinión de Leibniz sobre los condenados, como un ejemplo. Opinión de M. I. Swift sobre el optimismo de los idealistas. – El pragmatismo como un sistema mediador. – Una objeción. – Réplica: las filosofías tienen su carácter, como los hombres, y se hallan sujetas a análogos juicios sumarios. Spencer como ejemplo
- 94 Conferencia II. Lo que significa el pragmatismo
La ardilla. – El pragmatismo como método. – Historia del método. – Su carácter y sus afinidades. – Cómo con-

trasta con el racionalismo y el intelectualismo. – Una «teoría pasillo». – El pragmatismo como una teoría de la verdad, equivalente al «humanismo». – Primeras concepciones de la verdad matemática, lógica y natural. – Concepciones más recientes. – La concepción «instrumental» de Schiller y de Dewey. – La formación de nuevas creencias. – Las verdades antiguas siempre se han de tener en cuenta. – Las verdades antiguas surgieron de un modo parecido. – La doctrina «humanista». – Críticas racionalistas de ella. – El pragmatismo como mediador entre el empirismo y la religión. – Esterilidad del idealismo trascendental. – Hasta qué punto cabe considerar verdadero el concepto de lo Absoluto. – Lo verdadero es lo bueno con respecto a la creencia. – El choque de verdades. – El pragmatismo quita rigidez a la discusión

123 Conferencia III. Algunos problemas metafísicos considerados pragmáticamente

El problema de la sustancia. – La eucaristía. – Tratamiento pragmático de la sustancia material por Berkeley. – La identidad personal según Locke. – El problema del materialismo. – Tratamiento racionalista del mismo. – Tratamiento pragmático. – «Dios» no es mejor que la «materia» como principio, a menos que prometa más. – Comparación pragmática de los dos principios. – El problema del plan. – El «plan» *per se* es estéril. – La cuestión es: ¿qué plan? – El problema del libre albedrío. – Su relación con la responsabilidad. – El libre albedrío como teoría cosmológica. – El asunto pragmático de interés en todos estos problemas es qué *promete* cada alternativa

- 152 Conferencia IV. Lo uno y lo múltiple
Reflexión total. – La filosofía no sólo busca la unidad, sino la totalidad. – Sentimiento racionalista acerca de la unidad. – Considerado pragmáticamente, el mundo es uno de muchas formas. – Un tiempo y un espacio. – Un objeto de discurso. – Interacción de sus partes. – Su unidad y su multiplicidad están coordinadas. – La cuestión de un único origen. – La unidad genérica. – Un único propósito. – Una única historia. – Un solo conocedor. – Valor del método pragmático. – El monismo absoluto. – Vivekananda. – Discusión sobre varios tipos de unión. – Conclusión: debemos oponernos al dogmatismo monista y seguir los resultados empíricos
- 179 Conferencia V. El pragmatismo y el sentido común
El pluralismo noético. – Cómo se desarrolla nuestro conocimiento. – Los antiguos modos de pensar persisten. – Los antepasados prehistóricos *descubrieron* los conceptos del sentido común. – Lista de ellos. – Entraron en uso gradualmente. – Espacio y tiempo. – «Cosas». – Géneros. – «Causa» y «ley». – El sentido común como una fase de la evolución mental debida al ingenio. – Las fases «críticas»: 1) científica y 2) filosófica, comparadas con el sentido común. – Es imposible decir cuál es la más «verdadera»
- 201 Conferencia VI. La concepción pragmatista de la verdad
Una situación polémica. – ¿Qué significa la adecuación con la realidad? – Significa verificabilidad. – La verificabilidad significa capacidad para guiamos prósperamente a través de la experiencia. – Raramente se requiere una verificación

completa. – Las verdades «eternas». – Congruencia, con el lenguaje y con verdades previas. – Objeciones racionalistas. – La verdad es un bien, como la salud, la riqueza, etc. – Es un pensamiento conveniente. – El pasado. – La verdad se desarrolla. – Objeciones racionalistas. – Réplica contra ellas

232 Conferencia VII. Pragmatismo y humanismo

La noción de la Verdad. – Schiller y el «humanismo». – Tres tipos de realidad que toda nueva verdad debe tener en cuenta. – Ambigüedad del «tener en cuenta». – Es difícil encontrar una realidad absolutamente independiente. – La contribución humana es ubicua y construye lo dado. – Esencia del contraste del pragmatismo con el racionalismo. – El racionalismo afirma un mundo transempírico. – Motivos de ello. – El espíritu rudo los rechaza. – Una alternativa genuina. – El pragmatismo media

256 Conferencia VIII. Pragmatismo y religión

La utilidad de lo Absoluto. – Un poema de Whitman, «Ati». – Dos maneras de tomarse el poema. – Una carta de mi amigo. – Necesidades versus posibilidades. – Definición de «posibilidad». – Tres concepciones de la salvación del mundo. – El pragmatismo es meliorista. – Nosotros podemos crear realidad. – ¿Por qué ha de pasar algo? – Una supuesta elección anterior a la creación. – La respuesta sana y la respuesta mórbida. – El tipo «fino» y el tipo «rudo» de religión. El pragmatismo media

279 Notas

Prólogo

Creo que fue Russell quien dijo que leer *Pragmatismo* es como meterse en una bañera que se va calentando de una forma tan imperceptible que uno no sabe cuándo empezar a gritar. Algunos filósofos han luchado por la precisión lógica o han sido más fríos y consistentes, pero en ocasiones han resultado demasiado técnicos y aburridos. No, James no confiaba en la minucia teórica, ni tenía una cabeza de acero inoxidable¹. *Pragmatismo* es un libro elaborado pero muy coloquial, vehemente y cargado de hipérboles; sin definiciones claras, pero con *esprit de finesse*. Con todo, los «equívocos» de James son muy iluminadores y sus ambigüedades enormemente productivas. «No soy amante del desorden –decía–, pero temo perder la verdad por tratar de poseerla por entero.» Como afirma Richard Rorty, el representante más polémico del neopragmatismo, James fue un filósofo edificante, un intelectual incitante y lúcido, pero mordaz con respecto a las aspiraciones de la propia

filosofía, e intencionadamente periférico respecto a los grandes *sistemas* de pensamiento. Cuando los filósofos edificantes, dice Rorty, hablan y escriben, no necesariamente están aportando una conclusión sobre un tema. Puede que simplemente traten de *decir algo*, mejor o peor. Participar en una conversación no es lo mismo que colaborar en una *investigación*, y desde un punto de vista educativo, en oposición al epistemológico o tecnológico, la forma en la que se dicen las cosas es más importante que la *posesión* de verdades².

John Dewey subrayó muy acertadamente las ventajas de los aparentes «defectos» de la técnica de James. La no adscripción a un sistema filosófico no garantiza la independencia filosófica. En realidad, los «genios» filosóficos autodidactas suelen carecer de proporción y de perspectiva, y alardean de originalidad, cuando en el fondo reproducen toscamente las concepciones filosóficas más comunes. James careció de instrucción filosófica formal, pero su educación familiar, sus relaciones y sus propios estudios compensaron sobradamente esta falta.

En sus tentativas para llegar a una formulación desarrollada de su pensamiento se vio sujeto a todas las limitaciones que padece cualquier pensador independiente. Cuanto más original es el pensamiento, tanto más lo traiciona el hecho de que el único lenguaje en que puede expresarse la intuición original es el elaborado por las mismas doctrinas contra las cuales se reacciona³.

En efecto, James no se inventó una nueva jerga filosófica (quizás porque escribía perfectamente), aunque co-

no sabía muy bien los recursos técnicos de las escuelas filosóficas. Todo lo contrario, en vez de desconfiar del punto de vista común y repudiar las palabras corrientes, les devolvió toda la eficacia que tienen en su uso práctico. Para los espíritus selectos (*tender-minded*, dice él), el pensamiento del filósofo debe ser tan radicalmente especial que las palabras corrientes no bastan. En el caso de James, en cambio, la filosofía no necesita un lenguaje extraordinario: todas las palabras son un instrumento, un experimento constante, y la filosofía, en vez de extraerlas de la experiencia y convertirlas en abstracciones, debe ponerlas y mantenerlas en circulación, en acción. Ni la exactitud teórica fundamenta los usos comunes, ni la elevación especulativa *descubre*, por encima de ellos, otros significados más elevados en las palabras. Para los espíritus pragmatistas, la filosofía no apuntala la praxis vital, ni sobrevuela por encima de ella, sino que presta atención al lenguaje civil, en todas sus variedades y con todas sus contradicciones. Como luego diría un admirador de James: «Si las palabras “lenguaje”, “experiencia”, “mundo” tienen un uso, debe ser tan llano como el de las palabras “mesa”, “lámpara” y “puerta”»⁴. Por ahí empieza el pragmatismo, por una actitud cotidiana hacia las grandes palabras que ha custodiado la filosofía: Verdad, Realidad, Dios, Libertad.

Piénsese en la polémica que desencadenó el tratamiento de la idea de Verdad en *Pragmatismo*. ¿Por qué tanto alboroto? Lo único que James hizo fue observar cómo circula la palabra «verdad» (o «verdadero») por las distintas esferas de acción humana, y afirmar que, en términos abstractos o generales, no hay mucho que decir so-

bre lo que *es* la verdad. Hacia 1900, distintos frentes filosóficos declararon la guerra a la psicología, pero James, que había entrado en el mundo de la filosofía profesional utilizando ésta como arma, renegó del enfoque lógico y del trascendental: ¿cómo se distingue la verdad de la falsedad?, se preguntó. O mejor: en la vida diaria las palabras «verdadera» y «falsa» sólo se aplican a las creencias cuando se suscitan dudas reales, ¿no? Muy bien, entonces ¿por qué no observamos cómo decide la gente que una de sus creencias es verdadera? ¿Cómo sabemos en *cada* caso y según *cada tipo* de creencia que hemos logrado una concepción correcta de los hechos?

Los detalles pueden seguirse aquí, en *Pragmatismo*, donde James presentó la formulación más acabada de su teoría de la verdad, aunque de «teoría» tiene poco, porque las inevitables afirmaciones generales que hace James terminan por deshacerse, como siempre ocurre en la vida, en múltiples descripciones de detalles y particularidades. Otro motivo para que sus críticos tacharan injustamente su enfoque de prosaico y banal, incluso de agravio contra la profundidad filosófica. Considérese, sin embargo, el tono profano y desvergonzado, pero igualmente *sensato*, o sea, pragmático, con el que otro filósofo tan herético como él, Paul Feyerabend, contestó a la Gran Pregunta de la filosofía: *¿Qué es la verdad?*:

Pues unas veces una cosa y otras otra. ¿Cree usted realmente que hay una explicación breve que le satisfaga y que contenga todas las maneras en que uso el término «verdadero»? O, más generalmente, ¿que hay algo que puede explicar por qué la gente dice que la teoría del Big Bang es verdadera, la

existencia de Dios es verdadera, el sufrimiento de Cristo es verdadero, la maldad de mi suegra es verdadera y que es verdad que tengo hambre en este mismo momento? ¿Supone usted que en todos estos casos queremos decir la misma cosa y que podemos explicar esa cosa con una o dos frases? Se supone que delante de un juez un testigo dice la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Compare esto con la Verdad del cristianismo. La primera tiene que ver con detalles, la segunda con toda la historia de la humanidad. Naturalmente, se trata de la misma palabra, pero eso no implica que tenga el mismo sentido, o algún sentido en absoluto⁵.

¿Por qué esta contestación, o la de James –cada una a su manera, no las estoy comparando–, resultan ofensivas? ¿Qué pierde la filosofía cuando habla en estos términos? Insisto, hay filosofías más precisas y las hay más elevadas; la de James es más *vaga* y más *vulgar*, las dos cosas; pero, ¿resulta por eso menos perspicaz y provechosa? Además, ¿qué pasaría si, después de todo, las respuestas que dan los filósofos sólo fueran respuestas dentro del contexto de una discusión académica, donde no se suele dar crédito a las motivaciones más comunes para actuar y a la forma cotidiana de entender las cosas? ¿Y si resultara que las cosas no *son* como ellos dicen, sino que *verdaderamente* son lo que *parecen*?

Nos reímos de un fontanero que viaja por Europa y cuando vuelve sólo habla del estado primitivo de las duchas y de la falta de tuberías de cobre. ¿Por qué no nos reímos lo mismo del filósofo que pasea por el mundo y no encuentra más que falacias, confusiones de categorías y expresiones insuficien-

temente matizadas? La respuesta es ésta: no creemos que pensar tanto en los lavabos resulte lo más apropiado en cualquier situación, pero estamos convencidos de que prestar atención a los rompecabezas filosóficos nunca puede estar fuera de lugar. Evidentemente, pensamos esto sólo porque confundimos una práctica profesional... con la vida misma⁶.

Quien se tome esta actitud como un ataque a la racionalidad o a la reflexión, probablemente nunca entenderá a James. Pocos filósofos han mostrado tanto afán por la verdad como él, pocos han vivido las cuestiones intelectuales con su pasión y sinceridad, pocos han gozado de su curiosidad y su omnívoro deseo de conocimiento. La herejía de James fue promover el amor a lo particular y desconfiar de las grandes síntesis. Desde luego, necesitamos generalizar; las teorías no son inútiles porque sean generales (si no lo fueran, no serían teorías). Lo son cuando se enuncian independientemente de su aplicación. El conocimiento máspreciado, dijo en *Principios de psicología*, siempre es el de las cosas que más apreciamos, y las cosas que apreciamos siempre son concretas y singulares, de forma que el único valor de algo general y universal es que, al razonar mediante ello, nos ayuda a conocer nuevas verdades sobre otras cosas particulares. Mantener la vista en lo concreto no es tomar partido *contra* las ideas y verdades generales, al revés, es una forma de reconocer todo el valor que tienen como instrumentos que aumentan nuestra capacidad intelectual y nuestro conocimiento (además de otros beneficios prácticos que puedan proporcionar). Los filósofos pueden discutir sin parar sobre *qué* es la verdad, pero ¿y si dejaran

que la verdad, sea lo que sea, cuidara de sí misma y se concentraran en las maneras en las que distintas creencias sirven a distintos propósitos? El pragmatista no quiere tener una posición definida, pero sabe sacar fuerzas de su debilidad teórica. Como su postura es laxa, es difícil atacarle, pero como no se sabe exactamente qué sostiene, también es imposible ponerse bajo su bandera. El pragmatismo tan sólo es una forma de tomarse las cosas (una insistencia en lo concreto, quizás), así que no es fácil que se convierta en un sustituto de aquello contra lo que lucha⁷.

James estaba convencido de que el intelectualismo y el afán de abstracción quemarían los puentes de la filosofía con la cultura general y el público lego, así que se movió en otra dirección. Prescindió de los grandes tratados filosóficos, se volcó en los foros públicos y dio una forma popular a su filosofía. A principios del siglo XX, los filósofos podían gozar de credibilidad social, y ser profesor aún significaba tener que enseñar. Muchos de los ensayos y conferencias que James reunió en sus libros iban dirigidos a hombres y mujeres de clase alta e instruida de Nueva Inglaterra que no sólo compartían el tono de su prosodia y su escritura, sino también sus inquietudes morales y religiosas. Pero James supo llegar además a públicos más amplios de clases medias, y antes de que dictara las conferencias sobre pragmatismo, ya era una figura consagrada de la cultura estadounidense: había sido un profesor carismático y brillante, era un *intellectual engagé* (criticó la política patriota e imperialista de Estados Unidos en Cuba y Filipinas⁸) y se erigía como el gran profeta de un nuevo evangelio modernista: el prag-

matismo, una concepción de la vida que exaltaba la acción y alentaba la fe en el progreso técnico, pero que, al mismo tiempo, criticaba la arrogancia científica y amparaba los valores humanistas y románticos.

En 1902, James renunció a un centenar de conferencias, pero su campaña no cesó. Al año siguiente, impartió más charlas en el Wellesley College, en Chicago, y en Glenmore (algunas de ellas, antecedentes de *Pragmatismo*); viajó a Roma, a encontrarse con Papini y los pragmatistas italianos, y a París, a discutir con Bergson, su gran aliado europeo contra el intelectualismo. En 1906, pensaba dimitir como profesor de Harvard, pero dio un curso en Stanford, unas charlas en San Francisco y Berkeley, y el primer ciclo sobre pragmatismo en el Instituto Lowell de Boston. Luego, en enero de 1907, fue nombrado profesor emérito de Harvard, e impartió el segundo ciclo sobre pragmatismo en Columbia. La campaña tuvo éxito: en las primeras sesiones de Columbia, el público asistente desbordó un aula de 250 plazas y se hubo de habilitar otra de 1100 asientos que casi se llenó. Las otras sesiones, parece ser, atraieron todavía a más público. James estaba en el punto álgido de su carrera. En el año de su publicación, *Pragmatismo* tuvo cinco ediciones y suscitó todo tipo de reacciones. En 1909, James aún llegó a dictar otro ciclo en el Manchester College sobre la situación reinante de la filosofía (*A Pluralistic Universe*) y a responder a algunos de sus críticos en *The Meaning of Truth. A Sequel of Pragmatism*. Murió al año siguiente, el mismo en el que desapareció Mark Twain.

En una carta de 1907 a su hermano Henry, le dice:

acabo de terminar las pruebas de un pequeño libro titulado *Pragmatismo...* No me sorprendería que de aquí a diez años se diga que ha marcado época, pues no dudo del triunfo final de esta forma general de pensar: creo que va a ser algo comparable a la Reforma protestante⁹.

Es importante que *Pragmatismo* se lea así, como un manifiesto, porque, efectivamente, a James ni le dio tiempo ni le interesaba construir un sistema definido. Prefirió suscitar un cambio de perspectiva, promover otro tipo de actitudes, y por eso se volcó en la difusión popular de ideas a las que llevaba veinte años dando vueltas. En «A World of Pure Experience», de 1904, empezaba diciendo:

Es difícil no advertir una curiosa inquietud en la atmósfera filosófica de la época, una laxitud en los antiguos puntos de demarcación, una suavización de las oposiciones, un préstamo mutuo entre sistemas antes cerrados y un nuevo interés por nuevas orientaciones, por vagas que sean, como si lo único seguro fuese la insuficiencia de las antiguas soluciones de escuela. La insatisfacción que éstas producen parece deberse, en su mayor parte, a la sensación de que son demasiado abstractas y académicas. La vida es confusa y desbordante, y lo que la generación joven parece anhelar es que haya una mayor vitalidad en la filosofía, aun a cierta costa del rigor lógico y de la pureza formal [...] Todos estamos influidos por nuestros sentimientos personales, lo sé, y yo mismo me siento muy descontento con las soluciones existentes, pero me parece ver los signos de un gran trastorno, como si fuese inminente el surgimiento de concepciones más reales y mé-

todos más fructíferos, como si pudiera surgir un paisaje de verdad, algo más suelto, menos cuadrículado y artificial¹⁰.

*

En *Pragmatismo* James explica tan bien su desacuerdo con las filosofías de su tiempo, que no merece la pena glosarle. Sólo recordaré algunas cosas. Primero, que el idealismo angloamericano de inspiración hegeliana le sacaba de sus casillas. La representación del mundo que ofrece el hegelianismo, decía, es como la de un teatrillo de marionetas: las cosas más banales se representan de las maneras más inverosímiles, y cada cosa se transforma en su opuesto con una habilidad y rapidez increíbles. Las cosas ordinarias se convierten primero en algo imposible y contradictorio, y luego son trascendidas y reconocidas como por arte de magia, y todo ello ocurre, como en el teatrillo, antes de que se manifieste el humor suficiente para gozar plenamente del espectáculo. Además de esto, en el idealismo hasta la última pieza del universo tiene su lugar y razón. Pero ¿qué pasa con las cosas tal como las experimentamos? ¿Cómo se nos presenta el mundo *prima facie*? Lo negativo, lo ilógico, los hechos opacos, irracionales, resistentes a la asimilación, la experiencia en toda su crudeza... ¿Por qué no admitir que todo eso es lo verdaderamente real? ¿Por qué no aceptar que la racionalidad, como mucho, sólo existe a trozos, nunca en bloque?¹¹.

La respuesta de James al monismo idealista fue un universo pluralista, un «multiverso», como decía él: el mundo es una colección de hechos particulares en perpetuo

movimiento, no un rompecabezas cuyas piezas reconstruirían un todo al encajar unas con otras. Si se quiere, un mosaico sin pegamento, con múltiples piezas sueltas, libres, que tienen valor en sí mismas, por sí mismas y en relación con las demás, formando diferentes asociaciones y conexiones cambiantes. No obstante, aunque James desdeñó la unidad dialéctica e impersonal, admitió de buen grado maneras concretas y no teóricas de unir unas partes con otras; formas prácticas, provisionales e improvisadas de organizar los detalles, en vez de grandes síntesis abstractas. En el universo fragmentado de James, el afán de conocimiento absoluto tenía que ser reemplazado por la indagación, la exploración, el experimento; el descubrimiento de la Verdad (*Truth*) por la confianza (*trust*) en un mundo construido continuamente a través de conexiones parciales. Borges lo resumió mejor que nadie en la breve nota que antecede a la edición argentina de *Pragmatismo* hace medio siglo:

Para un criterio estético, los universos de otras filosofías son superiores (el mismo James, en la cuarta conferencia de este volumen, habla de la «música del monismo»); éticamente, es superior el de William James. Es el único, acaso, en el que los hombres tienen algo que hacer. Le falta la simetría de los epigramas, de los logogrifos, de los acrósticos, de los relatos policiales; más bien recuerda la populosa novela de Shakespeare. «Lo que más me agrada en este novelista –dijo, aludiendo a Dios, Chesterton– es el trabajo que se toma con los personajes secundarios». En el imprevisible mundo de James, no hay personajes que sean, *a priori*, secundarios¹².

El universo idealista, como sigue diciendo Borges, era un laberinto circular de vanos espejos, cárcel de una persona que cree ser muchas, o de muchas que creen ser una. La respuesta de James fue un universo en incesante cambio y sanas dosis de empirismo. Conviene subrayarlo: *empirismo*, no *kantismo*.

Pese a lo que se haya dicho sobre las raíces kantianas del pragmatismo no hay que equivocarse: James sólo sintió animadversión hacia el kantismo y siempre se puso del lado del empirismo británico. En 1898, en la famosa conferencia en la que puso en circulación los lemas pragmatistas que había sugerido Charles S. Peirce veinte años atrás, no se anduvo con rodeos: es una pena, proclamó, que la filosofía universitaria, en Inglaterra y en Estados Unidos, esté dominada por el espíritu kantiano, porque fueron Hume, Locke, Berkeley, James Mill, John S. Mill y Bain los que introdujeron un método verdaderamente crítico en filosofía, y no Kant. ¿Qué importancia tiene una discusión sobre ideas filosóficas que nunca ocasionan una diferencia apreciable en nuestra conducta? ¿De qué sirve llamarlas verdaderas o falsas cuando no producen diferencias en la práctica?

El error de la filosofía inglesa no fue promover el principio de que toda diferencia *ha de dar lugar* a una diferencia, sino no llevarlo hasta sus últimas consecuencias. Si la filosofía inglesa no se hubiera dejado en manos de pensadores influidos por Kant, las ideas de Hume podrían haber sido corregidas, ampliadas y enriquecidas utilizando sus propios principios, o sea,

sin emplear para nada las artificialidades perifrásticas y tediosas de Kant... La mente de Kant es el más raro y más in-

trincado museo de cachivaches antiguos que pueda concebirse. Los conocedores y aficionados querrán siempre visitarlo y ver las piezas insólitas y maravillosas que contiene... Creo que Kant no nos legó un solo concepto indispensable para la filosofía que ésta no poseyera ya antes de él, o que no tuviera la absoluta seguridad de adquirir después *mediante el desarrollo de la reflexión sobre las hipótesis que sirven a la ciencia para interpretar la naturaleza*. Dicho en dos palabras: a mi juicio, el auténtico progreso filosófico no consiste en pasar *a través* de Kant, sino en *pasarle de lado*, y situarse en el punto en el que hoy en día nos encontramos¹³.

¿Cómo se gestó el empirismo de James? Al igual que Charles Peirce, James también llegó a la filosofía profesional después de una educación científica que, en su caso, coexistió con sus pasiones artísticas y filosóficas de una forma bastante conflictiva. James estudió química, fisiología y anatomía comparada en una escuela de ciencias y tecnología, The Lawrence School, donde enseñaban Jeffries Wyman (zoólogo y médico) y Asa Gray (botánico), y donde él mismo emprendió la carrera de medicina. También viajó a Brasil con la expedición que el naturalista suizo Louis Agassiz organizó para desmentir a Darwin (como Wyman, James desdeñaba la teología natural de Agassiz y estaba del lado de Darwin, pero el viaje le sirvió para adquirir hábitos de observación propios del naturalista de campo y para leer la *Naturphilosophie* de Humboldt) y siguió de cerca el desarrollo de la psicología fisiológica en Alemania (Helmholtz, Wundt). Además del propio Peirce —una cabeza superdotada para la matemática, la lógica formal, las ciencias experi-

mentales y la metodología científica—, el otro espíritu empirista que le influyó fue Chauncey Wright, astrónomo, zoólogo, cosmólogo, materialista escéptico, defensor de Darwin, estudioso de la lógica científica y severo crítico de la pseudociencia de Spencer¹⁴. Desde 1868, James también estaba familiarizado con las teorías del psicólogo asociacionista Alexander Bain, profesor en Aberdeen y simpatizante del utilitarismo, cuya doctrina del hábito (la mente depende de la plasticidad del tejido nervioso, que retiene impresiones y establece conexiones) le ayudó durante sus famosas crisis neurasténicas (como decían entonces los médicos) tanto como los versos balsámicos de Wordsworth o las doctrinas filosóficas de Charles Renouvier¹⁵.

James no ejerció nunca la medicina, y se sintió incapaz para el trabajo de laboratorio, pero fue profesor de fisiología y anatomía en Harvard, donde creó, entre 1875 y 1876, el primer laboratorio de psicología experimental de Estados Unidos (Wundt fundó el suyo en 1879) y mezcló el estudio empírico de la mente con las preocupaciones filosóficas, religiosas y metafísicas que durante años había alimentado a través de sus propias lecturas: la teología de su padre, Henry James, Schopenhauer, Fichte, Fechner, Spencer, Goethe... El trabajo de James durante la década de 1880 fue enorme, hasta desembocar, en 1890, en *Principios de psicología*, obra monumental, de una vasta erudición (doce años de estudios en los campos más dispares), que, como decía Barzun, se debe leer con un humor parecido al que pide *Moby Dick*, sobre todo porque, a su manera, también es la historia de una búsqueda.

Sí, James fue un pionero de la psicología naturalista, a la que sacó de las manos de la filosofía especulativa y le dio una nueva orientación experimental, pero *nunca* congenió con el evangelio de muchos positivistas y materialistas de su época, sobre todo con el evolucionismo del señor Spencer, el profeta victoriano del progreso. En el universo de los idealistas, hemos dicho, los individuos y la realidad tal como se vive se evaporaban en las fuerzas anónimas de la dialéctica, pero, ¿sugería el universo materialista algo más que «una infinita fábrica insomne»?¹⁶. En 1878, en «Remarks On Spencer's Definition of Mind as Correspondence», James empezó por atacar la definición de la actividad mental como una conformidad o ajuste a los hechos externos con el único interés de la supervivencia, un interés, decía él, que, desde luego, tiene a su favor la autoridad del pólipo, pero que, desde el punto de vista de los individuos, no es absoluto, ni exclusivo; o sea, no regula todos sus pensamientos, no *define* la clave de la verdad ni lo que *es* la realidad¹⁷. ¿Por qué han de reducirse todas las esferas de acción y realidad a una sola? Ésa fue la originalidad de James en *Principios de psicología* y, luego, en *Las variedades de la experiencia religiosa* (1902): adoptar un enfoque empírico y naturalista, pero no reduccionista, que preservara la variedad de las experiencias y realidades mentales tal como se viven, enfoque que, por supuesto, le impidió forjar un sistema preciso de psicología o una filosofía definida de la religión, pero que, para bien de todos, le condujo hacia donde él quería.

Entiéndase, James adoptó un enfoque darwinista del conocimiento: la mente, dijo, trabaja por selección, fun-